

barie, éste es la civilización; aquéllas eran hordas, éstas son ideas; aquéllos eran pueblos hambrientos y salvajes, éstas son sociedades civilizadas y ricas.

La diferencia que existe entre uno y otro es la que hay entre una espada y un fusil; entre uno y otro Atila se levanta, como un mar de fuego, la invención de la pólvora.

Aquél era el acero, éste es el plomo; era el primero el brazo, el segundo es la cabeza.

El procedimiento de aquel bárbaro era lento, pesado, feroz; su espada tenía que destruir golpe á golpe; él mismo tenía que ir á buscar á su enemigo para degollarlo cuerpo á cuerpo.

¡Qué horror! Las guerras eran interminables.

El hombre empapaba sus manos en la sangre de los hombres; era imposible matar sin que la sangre del vencido no salpicara la sangre del vencedor.

Todo eso ha ido desapareciendo poco á poco, y estamos dándole la última mano al sistema breve, pronto y culto de matar sin que las manos se manchen de sangre.

El culto ingenio del hombre civilizado acaba de poner este adelante casi en los límites de la perfección.

Un yankee nos acaba de hacer felices, y viene del Norte de América á Europa á recoger los testimonios de admiración que hay decretados para honrar la memoria de los grandes hombres que se han consagrado al servicio de la humana especie.

La fama, que todo lo averigua y todo lo dice, no nos ha comunicado aún el nombre de este ilustre yankee; pero debe por hoy contentarse nuestra curiosidad con saber que es ciudadano de la gran república.

Este yankee ha inventado...—descubrámonos antes de pronunciar la luminosa palabra...—ha inventado un fusil.

Hablemos seriamente, en atención á que con los fusiles no se pueden gastar bromas, porque se cargan.

Ahora abramos la boca para oír, con señales visibles de admiración, la primera circunstancia maravillosa de tan insigne prodigio.

Este fusil tiene un alcance de mil metros.

Asombrémonos: un poco más, y la bala de ese fusil llega á dar la vuelta al mundo.